á estas riberas á la cabeza de un ejército? Vengar el rapto de Helena; pues si es así ¿cree acaso que en el humano linaje sólo los Atrides profesan amor á sus mujeres? El hombre cuerdo y prudente profesa á la suya el cariño que tenía yo por Briseis, cariño nacido de lo íntimo del alma, por más que no pasase de ser mi cautiva. Agamenon me la robó y torturó mi corazon; no trate, pues, de satisfacerme: le conozco mucho para que logre jamas persuadirme. Acerca de los medios que han de poner á cubierto las naves de las llamas enemigas, puede consultarte á tí, Ulises, y á los demas capitanes. ¿Acaso no ha realizado sin mí grandes obras? ¿No ha levantado un muro, abierto ancho y profundo foso y plantado resistente estacada? ¡Y con todo eso no puede evitar los golpes del homicida Héctor!

»Miéntras me presenté yo á la cabeza de los Griegos no se atrevió el príncipe troyano á pelear sino al pié de sus murallas; sólo allí me aguardó una vez, y trabajo le costó librarse de mi furor. Pero esto ya pasó, y mis armas no volverán á cruzarse con las del noble Héctor. Mañana, despues de sacrificar á Zeus y á los dioses todos y de haber lanzado al mar mis cargadas naves, podréis ver como mi armada, impulsada por vigorosos remeros, hiende el Helesponto al asomar los primeros rayos de la aurora, y si Poseidon me favorece con feliz navegacion llegaré en tres dias á las fértiles playas de Fthia, donde hallaré los tesoros que abandoné para seguir ciego un fatal destino, á los que agregaré los adquiridos por mi valor en esta tierra, oro, cobre, reluciente hierro y hermosas cautivas... Trasladad mi

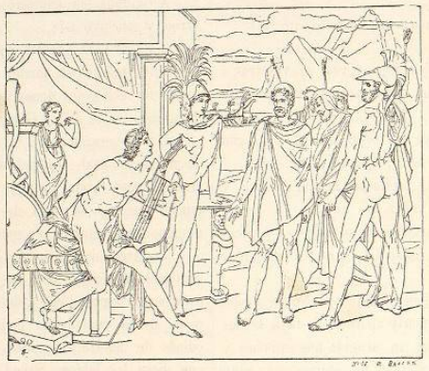

Fig. 633. — Aquiles se niega á pelear. (Cuadro de Ingres).

respuesta al rey sin suavizarla, en presencia de todo el ejército, para que se indignen los Griegos contra él y desconfíen de las maquinaciones que ¡insensato! trama sin cesar. En cuanto á mí detesto sus presentes y desprecio á quien los hace; aunque me ofreciese diez, veinte veces más de lo que posee, los tesoros de Orcomeno y cuanto encierra más peregrino y precioso la Tébas de Egipto, famosa por sus cien puertas, por cada una de las cuales salen doscientos guerreros con sus carros; áun cuando me diese tanto oro como arenas tiene el mar, no doblegaría mi corazon ni rendiría mi voluntad hasta verle padecer la pena que ha merecido por el cruel ultraje. Jamas la hija de Agamenon será mi esposa, y no lo será áun cuando pudiese disputar á Afrodita el premio de la hermosura y el de la sabiduría á Atena; busque entre los Griegos para tal alianza á príncipe más digno de él y más poderoso que yo. Si los dioses me preservan y me llevan á mi patria no tardará Peleo en elegirme esposa, pues ya mi corazon, que tanto amó la gloria, me impulsa á formar legítimos lazos y á ver transcurrir sosegados dias al lado de virtuosa consorte, poseyendo tranquilo los bienes paternos. En el dia vale para mí más la vida que cuantas magnificencias había en la opulenta Troya ántes que los Griegos desembarcasen en estas orillas y que cuantos tesoros contiene entre las rocas de Delfos el templo de Apolo. Pueden conquistarse ganados, trípodes y corceles de doradas crines; pero una vez nuestra alma ha huido por entre los labios no está en nosotros el hacer que otra vez nos anime y nos aliente. Me ha dicho mi madre Tétis que las Parcas me permitían escoger entre dos caminos para llegar á la muerte: permaneciendo aquí y peleando contra Troya pierdo toda esperanza de regresar á mi patria, pero alcanzo gloria inmortal; si oscuro vuelvo al paterno hogar podré gozar de dilatada série de dias. Imiten, pues, los Griegos mi conducta, y bogueen hacia los patrios hogares; no lograréis arruinar los altos muros de Ilion, protegidos por Zeus con su formidable brazo. Marchad, y como fieles mensajeros trasladad mi respuesta á los príncipes de Grecia; para salvar á los

Griegos y sus amenazadas naves habrán de idear nuevo plan, en cuanto el concertado ántes no les sirve. Persisto en mi cólera y enojo. Fénix pasará esta noche en mi tienda; mañana, si tal es su voluntad, podrá embarcarse conmigo en la nave que nos conducirá á la patria, ó quedarse entre los Griegos.»

En vano el anciano Fénix, con lágrimas y suspiros, apeló para reducir al héroe á las dulces memorias de la infancia. Recordóle los cariñosos cuidados de que, por encargo de Peleo, rodeó sus primeros años; los afanes, las angustias que por su causa había padecido. «Todo por tu amor lo sufría, continuó, pensando que si los dioses me habían negado sucesion, por lo ménos me daban en tí un hijo adoptivo que me libraría del cruel infortunio de la soledad. Aquiles, hijo mio, no te dejes subyugar por tu corazon altivo, véncete á tí mismo y no te muestres implacable. Hasta los dioses, que tanto nos aventajan en fuerza, gloria y poderío, se apiadan de quien los implora con sacrificios, libaciones y ruegos y consienten en olvidar la falta. Las Súplicas hijas son del gran Zeus; con vacilante paso, arrugada frente y tímidas miradas siguen las huellas de la Culpa, la cual, ágil y fuerte, las deja muy atrás y recorre la tierra dañando á los hombres. Las Súplicas cuidan luego de aplicar remedio al mal causado; quien, al acercarse á los mortales, las acoge con respeto, recibe de ellas poderoso auxilio y sus deseos todos se miran cumplidos; pero cuando son tratadas con dureza, ruegan al hijo de Cronos que la Culpa no se aparte del insensato que las ha rechazado y que con su castigo las vengue.»

Todo fué inútil; el iracundo Aquiles persistió en su rencorosa resolucion, y Ayax, tomando entónces la palabra, dijo:

«—Partamos, sabio hijo de Laertes; nada alcanzarémos del feroz y soberbio corazon de Aquiles, é importa que cuanto ántes sepan los Griegos el resultado de nuestra embajada, áun cuando no haya de serles agradable. Para Aquiles nada valen el cariño de los amigos ni la honra con que siempre le hemos rodeado distinguiéndole de todos los demas guerreros, y si es frecuente hallar un hombre que, aceptando el precio de la sangre, perdona la muerte de un hermano ó de un hijo, y aplacada la ira consiente en vivir con el matador en la misma ciudad, es en Aquiles más poderosa que todo la voz del resentimiento. Inflexible y cruel eres ¡oh hijo de Peleo!

»—Sí, cada vez que me acuerdo de aquel que me cubrió de oprobio delante del ejército entero, de Agamenon que me trató como vil esclavo, la ira rebosa en mi corazon. Marchad ya ¡oh príncipes! y comunicad mi respuesta á los jefes: para mí han concluido los sangrientos combates á no ser que el valeroso Héctor, acuchillando á los Griegos é incendiando los buques, se acerque á las tiendas y naves de los Fthiotas. Si á tanto se atreve, creo que por mucho que sea su arrojo podré contenerle y rechazarle.»

De vuelta los embajadores á la tienda del hijo de Atreo explicó Ulises el resultado de su embajada. Tristes y mudos oyeron los príncipes la altiva y fogosa contestacion de Aquiles, y no se rompió el silencio hasta que Diomedes con ardoroso acento dijo:

«—Gran Agamenon, rey de los hombres, mal me sabe que hayas implorado al hijo de Peleo; mucha es ya su soberbia, y de hoy más será mayor. No pensemos más en él y dejémosle que parta ó se quede, segun sea su voluntad. El descanso nos reclama; así que aparezcan las rosas de la brillante Aurora fórmense infantes y carros junto á las naves, y sea Agamenon quien los exhorte y sostenga el combate á la cabeza de todos.»

Dijo, y los asistentes aplaudieron; á poco se retiraron á sus tiendas y puso tregua el sueño á sus temores y trabajos.

Pero Agamenon no dormía, agitado por graves cuidados y por febril impaciencia: cubierto con la piel de enorme leon se disponía á abandonar su tienda para velar por la seguridad de todos, cuando Menelao se presentó á él impulsado por iguales terrores. Para ámbos era la noche de angustia y tortura.

Agamenon deseaba consultar con Nestor á fin de formar con él un plan que librase á los Griegos de los grandes males que los amenazaban, y por indicacion del mismo fueron llamados á consejo Diomedes, los dos Ayax, Idomeneo y Ulises. Reunidos todos en la parte exterior del muro, al otro lado del foso, á donde se habían dirigido para asegurarse de la vigilancia de los centinelas, rompió Nestor el silencio y dijo:

«—Amigos, convendría que un héroe acometiese la ardua empresa de marchar al campamento troyano con objeto de saber los designios en él formados, si se proponen los enemigos sitiar nuestras naves, ó si satisfechos por habernos rechazado, regresarán al recinto de sus muros. Quien lograse, una vez sabedor de sus proyectos, salir ileso de los peligros que sin duda le rodearían y volver entre nosotros, adquiriría inmarcesible gloria.

»—Nestor, se apresuró á decir Diomedes, yo seré quien me introduzca entre la hueste troyana; pero si me acompañase otro guerrero mi confianza y valor serían mayores. Cuando dos hombres reunidos acometen una misma empresa, observan á porfía lo que más les conviene; uno solo, por avisado que sea, tiene el ingenio más dormido, la prudencia ménos viva.»

Todos querían seguir al hijo de Tideo, pero Agamenon exigió que éste designase al guerrero que habia de acompañarle. Diomedes eligió á Ulises.

«—Marchemos sin perder un instante, dijo éste; la aurora no está léjos, los astros precipitan su curso, la noche ha recorrido las dos terceras partes de su camino, y nos queda poco tiempo favorable.»

É invocando á Atena, avanzaron á grandes pasos al traves de las tinieblas, por entre cadáveres, abandonadas armas, sangre y desolacion.

Pero en tanto Héctor, tan vigilante como Agamenon, había igualmente convocado á consejo á varios capitanes, para que alguno de ellos procurase llegar al campamento griego y viese las disposiciones tomadas para la próxima aurora: si pensaban resistir tenaces ó se disponían para la fuga. Dolon, hijo del heraldo Eumedes, agil en la carrera, ofrecióse para la arriesgada empresa.

»—Héctor, yo, sin miedo en el corazon, llegaré hasta las naves y reconoceré al enemigo, dijo; pero ántes levanta el cetro y jura que me darás el brillante carro y los corceles que arrastran al hijo de Peleo.»

Jurólo Héctor, y Dolon, llevando el arco al hombro, cubierto de una piel de lobo de nítida blancura, con la lanza en la mano, se puso en camino. Quiso su mala suerte que tomara el que seguian Ulises y Diomedes, los cuales le vieron sin ser por él divisados.

«—Es un espía ó un guerrero que se propone despojar á alguno de los muertos, dijo Ulises. Retirémonos y dejémosle pasar; caerémos en seguida sobre él, y si es tanta la ligereza de sus piés que nos escape, persigámosle hacia las naves, cerrándole el paso á la ciudad.»

Escondiéronse, en efecto, los dos guerreros detras de un monton de cadáveres, y así que el imprudente Troyano hubo pasado, con rápida planta corrieron hacia él. Pensó Dolon, al oir el ruido de su precipitada carrera, que mensajeros de Héctor con nuevas órdenes habían salido en su busca, y se detuvo; pero al tenerlos á corta distancia reconocióles por enemigos. Dióse entónces á huir veloz cual acosada liebre, hasta que perseguido, con las guardias griegas delante y cortada la retirada, se detuvo fatigado, pálido y temblroso al oir la terrible voz de Diomedes que le decía:

«—¡Detente! no puedes ya por más tiempo evitar la muerte que te prepara mi brazo.»

Dijo, y arrojó contra él su lanza que, conforme su deseo, no hizo más que rozar la espalda de Dolon, clavándose en tierra á pocos pasos. Los dos guerreros le cogieron, y el infeliz cayó á sus piés implorando la vida con ofertas de magnífico rescate.

«—Tranquilízate, díjole el artificioso Ulises, y aparta de tí la idea de la muerte. Responde á lo que voy á preguntarte y no me engañes. ¿Qué causa te ha movido á alejarte de los tuyos para rondar así á favor de las tinieblas por las inmediaciones de nuestro campamento? ¿Vienes á despojar á las víctimas de la Parca? ¿Te ha enviado Héctor para espiar nuestros propósitos ó te impulsa únicamente tu arrojo?»

Con la esperanza de salvarse refiere Dolon lo sucedido, entera á los dos Griegos de las posiciones que ocupan los Troyanos y sus aliados, y les indica como punto favorable para penetrar en el campamento el lugar ocupado por los Tracios.

«—Llegados há pocas horas en nuestro auxilio, dice, forman las postreras filas del ejército; Rheso, su rey, hijo de Eioneo, está con ellos. Sus corceles son los más hermosos que en mi vida he visto; más blancos que la nieve, dejan atras al viento en su veloz carrera. De oro y plata, artísticamente combinados, es su carro, y su armadura de oro, más que para hombres, parece hecha para los dioses inmortales.»

No le valieron sus nuevas para conservar la vida; Diomedes, sin conmoverse por sus súplicas y lágrimas,

Fig 634. — Muerte de Dolon. (Piedra grabada).

le descargó golpe mortal; su cabeza rodó por el suelo, y los dos héroes, apoderándose de la piel de lobo y de las armas de su víctima, se dirigieron al punto por ésta indicado. Allí acampaban, en efecto, los Tracios, los que, rendidos de cansancio, hallábanse entregados á

Fig. 635. — Diomedes y Ulises despues de dar muerte á Dolon. (Piedra grabada).

profundo sueño. Tenían todos junto á sí sus magníficas armas y dos caballos destinados á un solo yugo. Rheso dormía entre sus soldados, y sus incomparables corceles estaban atados á su carro.

Palas enciende nueva audacia en el pecho de Diomedes, dice el poeta; su acero siembra la muerte á su alrededor entre aquellos hombres indefensos; la sangre enrojece la tierra y lastimeros gemidos se exhalan del seno de los infelices heridos. Doce fueron los Tracios inmolados por su espada, y fué el décimo tercero el mismo Rheso. En seguida se apodera Ulises de los famosos caballos; los guía fuera del campamento, y montando él en uno y en el otro Diomedes, se precipitaron veloces hacia la playa, habiendo oido todavía el tumulto que se levantó en el campo troyano cuando, dada la voz de alarma, viéronse con sorpresa y horror los estragos causados por los guerreros que aún á lo léjos podían divisarse.

Al asomar la aurora, marcial estruendo resonó en

Fig. 636. — Los caballos de Rheso. (Camafeo antiguo).

uno y otro campamento. El descanso había reanimado el valor de los Griegos, y cuando resonó la voz de Agamenon dando la órden de empuñar las armas, todos corrieron con ardor á las filas. Avanzan los batallones en buen órden y con resuelto paso hasta la orilla del foso, y los carros les siguen reteniendo los cocheros el ardor de los corceles. Retumba en las nubes el trueno, dice Homero, y Zeus envía desde lo alto un rocío de color de sangre, triste anuncio de que se dispone á precipitar en los infiernos á gran número de héroes.

En tanto los Troyanos se formaban en batalla en lo alto de un collado, teniendo á su cabeza al invicto Héctor, cubierto con su deslumbrante escudo; el sabio Polidamas, Eneas, venerado cual un dios, y los tres hijos de Antenor, llamados Polybio, Agenor y Acamas, van al frente de las entusiasmadas legiones. Ambos ejércitos se ponen en marcha, y como la distancia que los separa no es mucha, no tardan en cruzarse las saetas y á poco los dardos y aceros. Hasta la mitad del dia mantúvose la pelea sin ventaja para ninguno de los combatientes; de una y otra hueste morían en gran número los soldados; pero llegada la hora en que el leñador fatigado prepara su rústica comida, los Griegos, redoblando el esfuerzo y exhortándose unos á otros, lograron romper las falanges troyanas. Agamenon, cual rayo de la guerra, corre delante de todos; su pica inmola á Bienor y á su escudero Oileo; Iso y Antifes, hijos de Príamo, montados en un mismo carro, perecen á sus golpes, lo mismo que Pisandro é Hipoloquio, hijos de Antímaco, que en un principio, ganado por el oro de Páris, suscitó obstáculos al deseo que abrigaban algunos Troyanos de entregar Helena al rubio Menelao, llegando su enemiga contra los Griegos á proponer en la asamblea troyana dar muerte á los embajadores que reclamaban la devolucion de la princesa. Sus hijos pagaron sus culpas, y sus ensangrentados cadáveres rodaron por el campo.

Ya los Troyanos, no pudiendo resistir la recia acometida, vuelven la espalda al enemigo: los batallones acosan á los fugitivos batallones; los carros persiguen á los carros entre nubes de polvo y dejan atras el antiguo sepulcro de Ilo; pero al llegar á poca distancia de las puertas, se rehacen, y otra vez dan el rostro á sus furiosos contrarios.

El Padre de los dioses y los hombres, al mirar tan grande estrago, desciende del Olimpo á las cumbres del Ida, y dirigiéndose á Iris, la celeste mensajera, le dice:

«—Corre á participar á Héctor mi voluntad suprema. En tanto vea al hijo de Atreo á la cabeza de los Griegos sembrando la muerte con su victoriosa diestra, debe de evitar su encuentro, limitándose á lograr de los suyos que sostengan el mortífero ataque; pero así que herido el héroe se retire á su carro, será la victoria para el hijo de Príamo. Avance entónces y arrolle al enemigo hasta llegar á las naves cuando el sol, concluyendo su carrera, habrá cedido el lugar á las sagradas sombras de la noche.»

Ifidamas, hijo de Antenor, notable por su fuerza y elevada estatura, fué el primero que se atrevió á esperar al victorioso hijo de Atreo; á poco, empero, caía exánime á sus golpes, lo mismo que su hermano primogénito Coon, que había logrado clavar la pica en el brazo de Agamenon. Aunque en los primeros momentos no le impidió la herida seguir combatiendo, hízose el dolor tan vivo que el rey hubo de montar en su carro y abandonar el campo de batalla.

«—Amigos, príncipes y capitanes, gritaba al atravesar las filas en direccion á la playa; á vosotros toca acabar la victoria ya que no permite Zeus que pelee hasta el término del dia.»

Al ver su retirada Héctor, á quien se habría tomado por el dios de las batallas, tanta era su marcial arrogancia, pónese al frente de los suyos y con impulso irresistible se precipita sobre las griegas falanges. Asseo, Opites, Antonoo, Angelao, Dolops, Hiponoö y otros muchos guerreros son por él inmolados, y en pocos instantes cambia por completo el aspecto del combate.

En vano Diomedes y Ulises tratan de contener á los suyos y con sus proezas retardan la general derrota; la lanza del primero roza el yelmo del invencible Héctor, pero una flecha disparada por Páris, oculto en el sepulcro de Ilo, atraviesa el pié al héroe griego y le obliga á retirarse á las naves. Ulises, que era el único que permanecía firme, no tardó en verse rodeado de un círculo de hierro, y con la pica en la mano quiso abrirse paso hiriendo y matando á los que se le ponían por delante. Carops, hijo de Hipaso, fué otro de los que murieron á sus manos; para vengarle, su hermano Socos le arrojó un dardo que atravesando escudo y coraza, le hirió en el costado, y aunque el rey de Itaca dió muerte á quien le hiriera, hallóse cada vez más estrechado. En tal apuro imploró por tres veces auxilio con toda la fuerza de su poderosa voz, y á ella, retrocediendo, acudieron Menelao y Ayax, los cuales ha-

llaron á Ulises rodeado de enemigos. «Como lobos cervales que sedientos de sangre se agrupan al rededor de altivo ciervo que arrastra el hierro con que diestro cazador le ha herido, y que si pudo escaparle con veloz carrera al manar de su herida sangre ardiente, debilitado por la flecha cruel siente ya cerca de sí el abrasado aliento de sus nuevos enemigos, cuando de pronto se presenta formidable leon que pone en fuga á los asustados lobos y queda dueño de la codiciada presa, así los Troyanos, tan numerosos como esforzados, reunían sus esfuerzos contra el valeroso Ulises cuando acudió un héroe cuya lanza le libró de segura muerte. Ayax estaba á su lado con su escudo semejante á una torre; temerosos los Troyanos se dispersaron, y Menelao, tomando á Ulises por la mano, le guió fuera del combate.» (Homero).

Miéntras esto sucedía peleaba Héctor en el ala izquierda, en las márgenes del Escamandro, sembrando el espanto en los batallones griegos, que con gran tumulto, acaudillados por el bravo Idomeneo, procuraban resistir su vigoroso ataque. Machaon, hijo de Esculapio, recibió en el hombro una flecha disparada por Páris, y esto fué para los Griegos la señal de retirada.—«¡Oh hijo de Neleo! dijo Idomeneo á Nestor, sube á tu carro, toma en él á Machaon y llévalo con presteza á nuestras tiendas. El hijo de Esculapio, muy entendido en extraer las flechas y en verter sobre las heridas saludable bálsamos, vale él solo lo que muchos guerreros.»

Retirados de aquel punto los Griegos, vió Héctor la confusion que entre los suyos sembraba otro formidable guerrero; era Ayax que, despues de salvar á Ulises, había dado muerte á Doriclo, hijo de Príamo, y á otros varios caudillos; hacia allí manda á su escudero que dirija el ensangrentado carro, y es tal la matanza y el terror que á su paso siembra, que el corazon de Ayax se sintió sobrecogido; detuvo el brazo, echó á la espalda su pesado escudo, y se alejó con pausados pasos dirigiendo á sus numerosos enemigos terribles miradas, sin que le alcanzara ninguno de los muchos dardos que contra él se dispararon.

Eurípilo, hijo ilustre de Evemon, al ver aquella nube de flechas, acudió en auxilio de Ayax y clavó su brillante pica en el pecho de Apisaon; al querer despojarle de la rica armadura una flecha de Páris le atravesó el muslo, y á pesar del penetrante dolor que le causaba pudo retirarse entre los suyos y reclamar para Ayax el auxilio de algunos capitanes. Con él volvió el héroe al campamento, no sin rechazar victoriosamente varias acometidas de los enemigos.

Aquiles, que desde la popa de su inmensa nave, contemplaba el largo combate y la cruel derrota de los Griegos, vió pasar el carro de Néstor y en él á un guerrero herido.

«—¡Noble Patroclo, amigo querido! gritó; corre á preguntar á Nestor quién es el caudillo que herido he visto en su carro; me ha parecido conocer á Machaon, hijo de Esculapio, pero la velocidad que los caballos llevaban no me permite asegurarlo.»

Patroclo, que salió de su tienda al oir la voz de su amigo, se apresuró á cumplir su encargo, y dirigiéndose á la tienda de Nestor, pudo ver por sí mismo al herido Machaon.

«—¿A qué se debe, preguntóle el anciano al enterarse del objeto de su llegada, que muestre Aquiles tal compasion hacia los Griegos? ¡Ay! léjos estará de sospechar toda la extension de nuestro infortunio. Nuestros caudillos más esforzados heridos unos á distancia, otros en el fragor de la pelea, yacen en sus tiendas; Diomedes ha recibido un flechazo; Ulises y Agamenon una lanzada; Eurípilo tiene un muslo atravesado, y yo acabo de retirar del combate á ese guerrero, herido por agudo dardo. Pero Aquiles, á pesar de su valor, cura muy poco de las desgracias que sobre los Griegos caen; míralas, por el contrario, con ojos indiferentes. ¿Espera acaso que, inútil la resistencia, sean incendiadas nuestras naves é inmolados nosotros todos uno despues de otro?... Habla hoy ¡oh Patroclo! al valeroso Aquiles; trata de aplacarle. ¿Quién sabe si mediante el favor de alguna divinidad acertarás á tocarle el corazon? La persuasion reside en los labios de un amigo fiel. Y si su actitud fuese debida á temor secreto á un oráculo, á órdenes que su augusta madre le hubiese comunicado de parte de Zeus, procura que por lo ménos te envíe á pelear á la cabeza de los Tessalios. Haz que te confie sus magníficas armas para ostentarlas en el combate; creyendo ver al divino héroe los Troyanos suspenderán la acometida, y los Griegos podrémos respirar por un momento al borde de nuestra ruina.»

Conmovido por estas palabras dejó Patroclo la tienda de Nestor y se dirigía presuroso á la de Aquiles, cuando al pasar junto á las naves del rey de Itaca salió á su encuentro Eurípilo con paso vacilante, llevando aún clavado el hierro que le hiriera.

«—¡En qué estado te encuentro, valeroso Eurípilo! díjole Patroclo. Pero díme ¿podrán resistir los Griegos al formidable Héctor, ó por él vencidos quedarán sepultados en inmensa ruina?

»—No hay salvacion para los Griegos, noble Patroclo, contestó Eurípilo, y de un momento á otro huirán á sus naves. Nuestros guerreros más temidos hállanse tendidos en sus tiendas, heridos por las flechas ó los dardos de los Troyanos cuya audacia crece por instantes. Pero consiente, amigo, en curarme esta herida que tanto me atormenta, ya que Aquiles, discípulo de Chiron, te enseñó el arte de aliviar los dolores, y que de los dos guerreros que entre nosotros están á ello consagrados, el uno, Machaon, se halla herido y necesita quien le cure, y el otro, Podaliro, se encuentra aún peleando á la cabeza de sus tropas.»

Consintió Patroclo en lo que se le pedía, y sirviendo de apoyo á Eurípilo llevóle á su tienda, y allí aplicó á su herida el necesario remedio.

Continuaba en tanto la batalla encarnizada como nunca; peleábase ya junto al fuerte muro y resonaban con estrépito en las torres los golpes de los disparados dardos. A poco, como heridos por la terrible diestra de Júpiter, corrieron los Griegos á encerrarse en su recinto, incapaces de resistir por más tiempo á la pujanza de Héctor; en pos de ellos llegaron los vencedores con gran gritería á la orilla del foso, en la que, encabritándose con prolongados relinchos, se detuvieron los corceles contenidos por la estacada.

Por consejo de Polidamas dejaron los guerreros sus carros y caballos, y divididos en cinco cuerpos marcharon al asalto. El más numeroso é intrépido iba á las órdenes de Héctor; Páris, Alcatoo y Agenor acaudillaban el segundo; estaba el tercero mandado por Heleno y Deifobo, hijos de Príamo. Eneas capitaneaba el cuarto, con Archiloquio y Acamas, hijos de Antenor, y finalmente Sarpedon tenía á sus órdenes á un cuerpo de aliados, junto con Glaucos y Asteropeo. Cubiertas con los escudos avanzan las legiones hacia las defendidas puertas; cae del adarve una lluvia de piedras, y por ámbas partes enciéndese á lo largo del muro bélico furor. Los Griegos, á pesar de las pérdidas sufridas y de la angustia que sienten, hacen prodigios de valor peleando para salvar las naves, en que cifran la última esperanza, y las divinidades que les protegen suspiran por no serles dable favorecer su audacia. Dos guerreros pertenecientes á la belicosa raza de los Lápites, Polipotes, hijo de Piritoo, y Leontreo eran los únicos Griegos que permanecían junto á una de las puertas del muro y la defendían á pecho descubierto, causando sus lanzas no pocas víctimas entre los que intentaban el asalto.

De pronto estupendo prodigio detuvo todos los golpes: en el ala izquierda de la hueste un águila caudal se cernía en lo más alto de las nubes, teniendo en sus garras enorme dragon ensangrentado, el cual, no renunciando al combate, replegóse hacia atras é hirió en el cuello al ave carnicera. El dolor obligó á ésta á soltar la presa, y miéntras el dragon caía en medio de los batallones, el águila, con penetrantes graznidos, se perdió en alas de los vientos. A la vista de lo que creía funesto presagio, Polidamas aconsejó á Héctor disponer la retirada; pero el héroe, confiado en las promesas de Júpiter tonante, dió órden de seguir adelante diciendo con enojo:

«—¿Qué ha de importarnos el vuelo de las aves, ya lo dirijan á la derecha donde nace el sol, ó á la izquierda hacia el tenebroso ocaso, cuando cumplimos los mandatos de Zeus, rey de los hombres y de los inmortales? El mejor agüero es pelear por la patria.»

Dijo, y seguido de los suyos, derriba la estacada y se precipita al foso, miéntras que el ariete combate el muro y que llena los aires espesa nube de flechas y piedras. En aquel momento, alentado por su padre Zeus, Sarpedon se lanza al combate.

«—Amigo, dijo á Glaucos, ¿por qué nos tributan en Licia rendidos homenajes y nos ceden el primer lugar en los festines y la porcion más delicada de las víctimas? ¿Por qué nos honran como á dioses y nos han consagrado en las riberas del Xantho, vasto y feraz territorio, donde crecen doradas mieses y regaladas vides? Unicamente para ocupar en la liza los primeros puestos, para volar donde la lucha sea más ardiente y más reñida, y para que nuestros soldados digan:—Dignos son nuestros príncipes de gobernar á Licia; si inmolan las mejores víctimas, si sacian su sed con sabroso néctar, es su esfuerzo, cuando pelean á nuestra cabeza, superior al de todos.—Y si áun así, tuviésemos la seguridad, evitando los azares y peligros que nos rodean, de estar para siempre libres de los golpes de la vejez y de la muerte, sería posible que no me adelantase á todos en la batalla, así como que no te excitara á tí á hacer lo propio; pero si por todos los caminos se llega á la muerte sin que puedan los hombres quedarse en ninguno, marchemos con paso resuelto para ganar prez y honra, así venzamos, como caigamos derribados al suelo.»

Y dicho esto, participando Glaucos de su noble ardor, marcharon seguidos por los batallones licios al ataque de la torre que defendía el Griego Menesteo, quien, aterrado al considerar el peligro, envió á un heraldo para solicitar el auxilio de Ayax, que cerca de allí combatía. En compañía de su hermano Teucro, acudió Ayax al sitio amenazado, y allí se empeñó furioso combate. Los impetuosos caudillos de los Licios habían ya llegado á lo alto del muro, cuando Ayax inmoló la primera víctima, el magnánimo Epicles, amigo de Sarpedon; Teucro hirió de un flechazo á Glaucos, obligándole á retirarse de la lucha, y Sarpedon, despues de atravesar con la pica á Alcmaon, hijo de Testor, cogió entre sus nervudos brazos una almena, la hizo bambolear, la arrancó y abrió camino para dominar el muro. Ayax y Teucro le hieren á un tiempo; pero Zeus ampara los dias de su hijo, y no logran derribarle; ántes bien, vuelto hacia sus soldados, los excita con sus voces á seguir sus pasos.

Pero aunque subían muchos, indeciso permanecía el combate; la sangre de Troyanos y Griegos corría á torrentes, y lo mismo sucedía en toda la extension de la muralla, cuando se oyó la voz de Héctor que gritaba:—«¡Venid, valerosos compañeros; hundamos esa puerta y llevemos hasta las naves las devoradoras llamas!—Y al mismo tiempo cogió una enorme roca puesta allí para defensa, la levantó cuando dos hombres habríanla movido á duras penas, y se dirigió con ella hacia la ferrada puerta. Llegado á poca distancia, afirmándose en los piés y reuniendo todas sus fuerzas para no descargar un golpe inútil, lanzóla entre las dos hojas; á su irresistible empuje rompiéronse los goznes, las puertas cayeron

hechas astillas, y Héctor, cuyas armas despedían sombríos fulgores, se precipitó hacia dentro seguido de los suyos, á los que animaba con la voz y el gesto. Aterrados los Griegos corrieron en desórden hacia las naves en medio de espantoso tumulto y confusion horrible.

Poseidon acudió en auxilio de los atribulados Griegos [1], y tomando la figura y la robusta voz de Calchas, reanimó el abatido valor de los fugitivos. Tocó con su cetro á los dos Ayax y á otros guerreros, difundiendo por todos sus miembros una fuerza divina; por todos lados inflama á las falanges, fuertes todavía, y otra vez se empeña la lucha furiosa.

Semejante á una roca, dice Homero, que arrancada por hinchado torrente de enriscada cumbre va dando grandes saltos en su funesta caida, haciendo retemblar la selva á cada uno, y no pára de difundir el estrago hasta el valle, donde por fin se detiene, á pesar de su precipitada carrera, así Héctor, sembrando á su paso la muerte, hubo de detenerse al chocar contra las apretadas filas que encontró á su paso. En aquel combate Deifobo, hijo de Príamo, fué inútilmente atacado por el esforzado Merion, quien hubo de retirarse á su tienda en busca de nuevas armas; Teucro triunfó de Imbrio, yerno de aquel rey, y un dardo de Héctor dejó sin vida á Anfimaco, descendiente de Neptuno. Idomeneo vence y mata á Othryoneo, prometido esposo de la bella Casandra, y la misma suerte tuvo Asio y su escudero que quisieron vengarle. Deifobo, encendido en furor, lanzó su pica contra Idomeneo; pero éste evitó el golpe y el arma fué á clavarse en el pecho de Hypsenor, hijo de Hipaso.—«No se ha dormido Asio entre los muertos sin venganza, gritó Deifobo, y al descender á las eternas y terribles puertas se alegrará de ir acompañado de esa sombra.»

Alcatoo, yerno de Anquises, perece igualmente á los golpes de Idomeneo, contra quien se adelanta el valeroso Eneas; pero al lado de ámbos guerreros acuden numerosos compañeros y al rededor del cuerpo de Alcatoo se empeña mortífero combate. El Troyano Enomaos, el Griego Ascalafo, muerden el polvo; Deifobo ha de abandonar el campo con el brazo atravesado, Afareo sucumbe á los golpes de Eneas y Thoon á los de Antíloco, hijo de Néstor, á quien Poseidon ampara. Adamas, hijo de Asio, no puede evitar la terrible pica de Merion que le deja sin vida; Heleno, despues de arrancarla á Deifiro, se adelanta contra Menelao; dispárale una flecha que no logra herirle, y recibe luego una lanzada que le obliga á refugiarse entre sus compañeros. Pisandro ataca á su vez al rey de Esparta, y despues de corta pero furiosa lucha, cae muerto el Troyano á los piés de Menelao, quien, al oprimirle con la rodilla el pecho y al arrancarle sus armas, profiere con fogoso acento estas palabras:

[1] Véase tomo I, pág. 413.

«—De este modo habréis al fin de abandonar todos el campamento de los Griegos valerosos ¡oh vosotros, pérfidos Troyanos, insaciables de combates! Como si fuera aún poco ¡oh raza soberbia é injusta! la traicion de que os hicísteis culpados para conmigo, sin temer la terrible cólera de aquel que vibra el rayo, de Zeus vengador de la hospitalidad, que reducirá un dia á pavesas vuestra ciudad altiva; como si no bastara, sin haber mediado provocacion nuestra, haberme robado mi esposa y mis tesoros, despues de haber sido recibidos bajo nuestro techo, quereis ahora entregar á las llamas nuestras naves y exterminar los héroes todos de Grecia. Mas por rabioso que sea el furor que os empuja al combate, tarde ó temprano será reprimido. Poderoso Zeus, tu sabiduría es superior á la de los mortales y á la de todos los dioses, y sin embargo, consientes tales atentados y favoreces á un pueblo perverso, entregado á la violencia y á los crímenes, dado eternamente á la guerra, cruel azote del linaje humano. ¡Será posible que cuando los placeres más gratos, como el sueño, el amor, el canto y la danza llegan al fin á saciarnos y á cansarnos, no hayan los Troyanos de cansarse jamas de la matanza!»

En aquel momento Harpalion, hijo del rey Pylœmenes, lanza su pica contra el escudo de Menelao; no habiendo podido atravesarlo huía por entre las filas, cuando le alcanzó un dardo disparado por Merion, que allí mismo le dejó sin vida. Para vengarle, lanzó Páris una flecha que fué á clavarse en el cuello de Euchenor, hijo del adivino Polidio.

El creciente tumulto de la ardiente pelea mueve á dejar sus tiendas á los heridos Agamenon, Ulises y Diomedes, los cuales encontraron á su paso á Néstor; éste, dejando en la suya á Machaon, había salido igualmente alarmado por la gritería, de cada vez más próxima.

«—¡Ay de los Griegos! exclamó al verlos el hijo de Neleo. El muro que con tanta confianza levantamos como inexpugnable defensa de nuestras tropas y naves, queda derribado; nuestros encarnizados enemigos nos atacan junto á nuestras tiendas y ya no hay mirada que pueda distinguir en qué punto vencen y en cuál son derrotadas las cohortes griegas, ¡tanta es la confusion de la pelea! Aunque en el estado en que os hallais no es posible pelear, decidamos, sin embargo, lo que conviene mandar.

»—¡Oh Néstor! dijo el rey, pues ya la batalla está empeñada junto á nuestras tiendas y no han bastado á defendernos el fuerte muro y el ancho foso, con tanto trabajo abierto, no lo dudeis, es que Zeus ha resuelto que muramos humillados, léjos de nuestra tierra natal. Hubo un tiempo en que, propicio á nuestros designios, nos favorecía; pero hoy, al paso que eleva á nuestros enemigos al rango de dioses inmortales, paraliza nuestros brazos y nuestro valor. Seguid, pues, mi consejo: lancemos al agua las naves más inmediatas al mar, y arro-

hechas astillas, y Héctor, cuyas armas despedían [illegible] hellos fulgores, se precipitó hacia dentro seguido de los suyos, á los que animaba con la voz y el ejemplo. Aterrados los Griegos corrieron en desorden [illegible] en medio de espantoso tumulto [illegible].

Poseidon acudió en [illegible] gos [1], y tomando la [illegible] reanimó el abatido valor [illegible] cetro á los dos Ayax y á [illegible] todos sus miembros [illegible] infunda á las falanges, [illegible] y que [illegible] se empeña la lucha furiosa.

Semejante á una roca, Zeus Heneo, que arrancada por hinchado torrente de entre [illegible] grandes saltos en su [illegible] hasta [illegible] selva á [illegible] vulle, [illegible] carrera, [illegible] hubo de [illegible] que [illegible] á su paso. En aquel [illegible] de Príamo, fue [illegible] Merion, quien [illegible] de nuevas armas; Teucro [illegible] rey, y un dardo de [illegible] descendiente de [illegible] Othryoneo, prometido [illegible] suma suerte [illegible] Deifobo, [illegible] Idomeneo; pero [illegible] clavarse en el pecho [illegible]

«No se ha dormido [illegible] ganza, gritó Deifobo, y al [illegible] terribles puertas se [illegible] sombra.»

Alcatoo, yerno de Anquises, [illegible] golpes de Idomeneo, contra quien [illegible] Eneas; pero al lado de ambos [illegible] sos compañeros y al rededor [illegible] empeña mortífero combate. El [illegible] Grieg[illegible] Ascalafo, [illegible] el pecho [illegible] dejar el [illegible] con el brazo atravesado, Afareo [illegible] á los pies de Eneas y Thoon á los de Anfiroco, hijo de Nestor, á quien Poseidon ampara. Adamas, hijo de Asio, [illegible] evitar la terrible pica de Merion que le [illegible] vida. Heleno, despues de arrancarla á Deifiro, se adelanta contra Menelao; dispárale una flecha que no logra herirle, y recibe luego una lanzada que le obliga á refugiarse entre sus compañeros. Pisandro ataca á su vez al rey de Esparta, y despues de corta pero furiosa lucha, cae [illegible] Troyano á los piés de Menelao, [illegible] al oprimirle con la [illegible] el pecho y al arrancar [illegible] su arma, [illegible] con [illegible] acento estas palabras:

[1] Véase [illegible] pág. [illegible]

«—De este modo habrás al fin de abandonar todos el campamento de los Griegos valerosos ¡oh vosotros, pérfidos Troyanos, insaciables de combates! Como si fuera aún poco [illegible] ¡oh [illegible] soberbia é injusta! la [illegible] de que os hiciste [illegible] para conmigo, sin temer la terrible cólera de [illegible] contra el rayo, de Zeus vengador de la hospitalidad, que reducirá un dia á [illegible] ciudad [illegible] si no bastara, sin haber [illegible] provocado [illegible] haberme robado mi esposa y mis tesoros, despues de haber sido recibidos [illegible] techo, [illegible] entregar á las llamas nuestras [illegible] y [illegible] los héroes todos de Grecia. [illegible] valiosa que es el amor que os empuja al combate [illegible] Poderoso Zeus, te [illegible] de los mortales y á la de [illegible] Grecia, y, sin embargo, consientes tales atentados [illegible] á su pueblo [illegible], entregado á la violencia [illegible] dado [illegible] á la guerra, [illegible] humano. ¡Será posible que cuando [illegible] cosas gratas, como el sueño, el amor, el [illegible] llegan al fin á saciarnos y á [illegible] hayan los Troyanos de cansarse jamas de la [illegible]

En aquel momento Harpalion, hijo del rey [illegible] nos, lanza su pica contra el escudo de [illegible] habiendo podido atravesarlo huía por entre [illegible] cuando le alcanzó un dardo disparado por [illegible] cuando le dejó sin vida. Para vengarle, [illegible] una flecha que fué á clavarse en el cuello de [illegible] hijo del adivino Eudelo.

El creciente tumulto de la ardiente pelea [illegible] tiendas á los heridos Aqueos [illegible] y Diomedes, los cuales encontraron á su [illegible] Agenor en la cuya á Nestor [illegible] por la gravedad de sus [illegible]

¡Ay de [illegible] Griegos! [illegible] Sabed, [illegible] que [illegible] confianza [illegible] de nuestras tropas [illegible] terribles, nuestros encarnizados enemigos [illegible] junto á nuestras tiendas y ya no hay [illegible] distinguir en qué punto vencen y en [illegible] todas las cohortes griegas, ¡tanta es [illegible] la pelea! Aunque en el estado en que [illegible] posible pelear, decidamos, sin embargo, [illegible] morir.

—¡Oh Néstor! dijo el rey, pues ya se [illegible] empeñada junto á nuestras tiendas y no [illegible] defendernos el fuerte muro y el ancho [illegible] trabajo abierto, no lo dudeis, es que Zeus [illegible] que nuramos humillados, léjos de nuestra [illegible] Habo un tiempo en que, propicio á nuestros [illegible] nes favorecía; pero hoy, al paso que eleva [illegible] enemigos al rango de dioses inmortales, paralizo [illegible] brazos y nuestro valor. Seguid, pues, mi consejo [illegible] cenos al agua las naves más inmediatas al [illegible]

DAFNIS Y CLOÉ

Existente en el Museo del Duque de Osuna

jemos las anclas hasta que cierre la noche; entónces, si los Troyanos nos conceden tregua, podrémos poner á flote la armada entera. No es vergüenza evitar la propia perdicion, áun aprovechando las tinieblas, y es preferible salvarse retirándose que quedar sujeto á la ley del vencedor.

Al escuchar tales palabras, el prudente Ulises, dirigiéndole iracunda mirada, le dijo:

«—¿Qué has dicho, hijo de Atreo? Caudillo has de ser de tímidos guerreros, que no nuestro, destinados como estamos por Zeus á sostener penosos combates desde la adolescencia hasta edad muy avanzada ó hasta que seamos víctimas de nuestro valor. ¿Es posible que así pudieses abandonar la conquista de la soberbia Troya por la que tantos infortunios hemos padecido? Guárdate de decirlo en voz alta, no fuese que algun Griego oyera conceptos tan indignos de quien empuña el cetro y reina sobre innumerables pueblos. Repruebo tu parecer: cuando dura aún la batalla ¿quieres que lancemos las naves al agua para que los Troyanos, que llevan ya lo mejor de la jornada, vean realizado su más ardiente deseo y consumen nuestra ruina? Porque es indudable que así que vean nuestros soldados mover los buques, volverán los ojos al mar y no pensarán más que en embarcarse. Este será el funesto efecto de tu consejo.

«—¡Oh hijo de Laertes! con tu reconvencion violenta has lacerado mi corazon; mas no trato de que se retiren y embarquen los Griegos contra su voluntad. Si hay álguien, jóven ó viejo, que pueda darnos mejor consejo, preséntese; su presencia me será muy grata.»

Diomedes opinó por ponerse otra vez á la cabeza de la hueste.

«—En el presente apurado trance, dijo, no nos queda otro remedio, y aunque por no recibir heridas sobre heridas no nos lancemos en medio de la pelea, inflamen nuestra presencia y nuestra voz á las fatigadas tropas.»

Adoptado este partido, dirigiéronse todos, guiados por Agamenon, al punto donde el tumulto y la matanza eran mayores. Entónces fué cuando Neptuno se puso al lado del hijo de Atreo, y el combate se encendió furioso como nunca [1]. Hínchase el mar é inunda la playa hasta las tiendas y las naves, y ámbas huestes se precipitan una contra otra con no visto encono.

Un dardo dirigido contra Ayax por la mano de Héctor, aunque le da en el pecho, no logra romper la coraza; en cambio una enorme piedra, lanzada por el gigante, derriba á Héctor y le priva del sentido; contra él embisten en tropel los Griegos con gritos de alborozo; mas Polidamas, Eneas, Agenor, Sarpedon, el noble Glaucos y otros guerreros le rodean y defienden, miéntras que otros, tomándole en brazos, lo conducen á su carro y emprenden el camino de Ilion. Llegados á las risueñas márgenes del Xanto, se detienen; colocan al herido en la verde alfombra del prado y con agua del rio rocían su rostro. Héctor abrió los ojos, conoció á los que le rodeaban, é incorporándose, arrojó bocanadas de sangre negra; pero otra vez quedó sin movimiento en la hierba y volvieron sus ojos á cubrirse de densas tinieblas.

Al ver los Griegos que retiraban á Héctor de la pelea, sintieron crecer su arrojo y con nuevo ardimiento cayeron sobre los Troyanos, los que hubieron de repasar el foso, no deteniéndose hasta llegar á sus carros. Pero por suprema disposicion de Zeus ha debido Poseidon abandonar á los Griegos triunfantes para hundirse otra vez en lo más profundo del mar, y Apolo, con la égida guerrera del señor de los dioses, ha acudido entre nubes en auxilio de los consternados Troyanos, despues de reanimar á Héctor y de calmar sus dolores, para que otra vez se pusiera á la cabeza de sus fugitivas cohortes. Desde aquel momento mudóse de nuevo la suerte del combate: la multitud de los Griegos se dan á la fuga, miéntras que Ayax, Idomeneo, Teucro, Merion y otros famosos capitanes reunen algunos batallones para resistir y proteger su retirada. La matanza fué entónces horrible: Héctor derribó á Stichio y á Arcesilao, caudillo aquél de los Beocios y fiel compañero éste del gran Menesteo; Eneas inmoló á Medon y al Ateniense Iaso; Mecisteo espiró á los golpes de Polidamas; Agenor tendió á Clonio á sus piés, y Páris atravesó á Deioco de un flechazo.

Otra vez pasan los Troyanos el profundo foso y el cuarteado muro, y los Griegos no se detienen hasta llegar á las naves. Exhórtanse unos á otros á permanecer firmes, y alzando los brazos al cielo, invocan en alta voz á los dioses inmortales.—«Zeus, dueño soberano del mundo, dijo el anciano Néstor, si alguna vez en los feraces campos de Grecia hubo quien, inmolando en honra tuya toros ú ovejas, imploró de tí un feliz regreso á su patria, y te dignaste acoger sus votos propicio, sea hoy esta memoria la que te mueva en favor nuestro. Aparta de nosotros, dios del Olimpo, el cruel infortunio que nos amenaza, y no permitas que por los Troyanos sean los Griegos precipitados al abismo.»

Retumbante trueno contesta á la plegaria del anciano, y los Troyanos, interpretándolo como favorable agüero, arrollan más y más á los Griegos, reducidos ya á defenderse al rededor y desde lo alto de sus naves. Muchos héroes mordieron el polvo de una y otra parte; Héctor, poseido de indomable ardor, se adelanta con una antorcha en la mano; despiden sus ojos rayos, su penacho cimbrea con amenazadora arrogancia.—«Mas ¡ay! exclama el poeta; tocaba el héroe al término de su carrera y Palas apresuraba el dia fatal en que había de caer á los golpes del hijo de Peleo. A su acometida nada resiste; los Griegos retroceden aún más, pero no se dispersan todavía, retenidos á la vez por la

[1] Véase tomo I, l. c.

vergüenza y por el temor de mayores males. Ayax, saliendo de entre los combatientes, adelántase llevando en la mano enorme maza naval, y al tiempo que con voz terrible exhorta á los suyos á defender naves y tiendas, cae sobre los primeros Troyanos que encontró al paso y envió á muchos á la region sombría. Su hermano Teucro le acompaña armado con su terrible arco.»

«Héctor, no ménos esforzado, tampoco permanece en las filas troyanas; semejante al águila ardiente que se

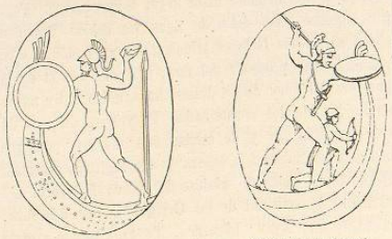

Fig. 637. — Ayax defendiendo las naves. (Camafeos antiguos).

arroja sobre un pueblo alado de ánades silvestres, de grullas ó de cisnes de largo cuello, que sosegados descansan en las márgenes de manso rio, así se precipita contra una nave de azulada proa. Zeus le empuja con su poderosa diestra y excita á los Troyanos á seguir sus huellas. En aquel momento renuévase la matanza con nuevo furor; al considerar el fogoso ardor de los combatientes habríase dicho que entónces comenzaba la pelea, ó que estaban dotados de incansables fuerzas. Los Griegos, desesperando de salvarse, los Troyanos, seguros de incendiar las naves y de destruir la hueste enemiga, parecían animados de furor idéntico.

»Héctor fué el primero en subir á la popa del magnífico y ligero bajel que había traido á Protesilao á aquellas riberas y ¡ay! que no había de volverlo á su patria. Allí Griegos y Troyanos, disputándose la nave, se dan mútuamente la muerte; no recurren para ello al impetuoso vuelo de flechas y dardos por parecerles aún tardío; con frenética ira hiérense con hachas cortadoras, con agudas espadas, con robustas picas. Torrentes de sangre ennegrecen el suelo.

»No abandonaba Héctor la popa de la nave donde sentara el pié.—Troyanos, grita, encended las teas y caed contra el enemigo en apretadas falanges. Llegado es el gran dia en que llama Zeus á nuestros guerreros á la destruccion de esa armada que, venida á esta ribera contra la voluntad de los dioses, tantos males nos ha causado por la tímida prudencia de nuestros ancianos que por tanto tiempo enfrenó mi deseo de atacarla. Pero si sus consejos paralizaron mi esfuerzo y el de nuestra valerosa hueste, si Zeus entónces nos perdió, hoy es él quien nos guia é inflama.

»A estas palabras acometen los Troyanos con mayor ímpetu, y Ayax no puede sostener su empuje; acribillado de dardos, retrocede algunos pasos creyendo haber llegado para él la hora postrera, y dejando la popa se estableció en un banco de remero. Desde allí, con la pica en la mano, no cesaba de hacer frente á cuantos avanzaban y de animar á los suyos con voz formidable. Doce guerreros, á medida que acudian con la encendida tea, cayeron á sus furiosos golpes.» (Homero).

En tanto estuvo la batalla empeñada junto al muro, Patroclo, en la tienda de Eurípilo, habíale consolado aplicándose á calmar los intensos dolores que su herida le ocasionaba; pero cuando oyó acercarse el tumulto y vió á los Troyanos hacer irrupcion en el murado recinto y á los Griegos pasar fugitivos, exhaló prolongado suspiro, y dejando al cuidado del herido un siervo fiel marchó al encuentro de Aquiles. A su tienda llegó cuando con mayor encarnizamiento se combatia por la posesion de aquella nave.

Patroclo, con los ojos arrasados en llanto, despues de participar al hijo de Peleo las pérdidas por los Griegos padecidas y el gran infortunio que á todos amenaza, conjúrale á que los salve saliendo á pelear. —«Pero si por acaso, añade, te detiene el temor de algun oráculo del cual te haya instruido tu divina madre por órden de Júpiter, consiente, por lo ménos, en que acompañado de nuestros Fthiotas vuele yo al combate y me convierta, á ser posible, en el salvador de los Griegos. Revestido con tus armas quizas los Troyanos, si contigo me confunden, suspenderán el ataque, y nuestros esforzados guerreros, próximos á sucumbir á la fatiga, tendrán un tiempo de respiro; bástales un momento de descanso.»

Esta fué la pretension del generoso mancebo: el infeliz pedía su muerte.

«—¡Oh noble Patroclo! dijo Aquiles con enojo ¿qué te atreves á suponer? No me detiene el temor de oráculo alguno; no me ha comunicado mi madre órden ninguna de parte de Júpiter; únicamente he obedecido á la violenta cólera que del alma se apodera cuando un hombre investido de gran potestad despoja á un igual suyo y le arrebata lo que le pertenece. Este y no otro fué el motivo de mi ira y de mi prolongada afliccion. Pero demos lo pasado á olvido, ya que habría de redundar en vergüenza mia alimentar en mi pecho una cólera eterna. Aunque era resolucion firme en mí no dominarla hasta que el tumulto y la pelea se acercasen á mis naves, permito, sin embargo, que cubierto con mis armas marches al combate á la cabeza de mis belicosos Tessalios. Sombrío enjambre de Troyanos rodea las naves; arrollados los Griegos hasta la orilla del mar sólo pueden moverse en reducido espacio, y Troya entera viene sobre ellos, segura de vencer. Nuestros enemigos no ven hace tiempo mi penacho; y así como de haber sido justo Agamenon para conmigo habrían en su fuga llenado con sus cadáveres el foso, ahora son ellos los que tienen

sitiado á nuestro ejército. La pica de Diomedes no defiende ya á los Griegos, y en vez de la odiada voz del hijo de Atreo, sólo llega hasta aquí la del homicida Héctor animando á sus tropas. Dueños del campamento, envanecidos por haberlo conquistado, prorumpen los Troyanos en gritos de triunfo; en tan inminente peligro vuela ¡oh Patroclo! en auxilio de la armada, y cayendo sobre ellos de improviso impide que la abrasen, arrebatándonos la esperanza de volver á Grecia. Pero en tu empresa acuérdate de mis órdenes: una vez rechazado el enemigo, da la vuelta á mi tienda, y por más que los dioses se muestren propicios á tu ardor, no te dejes arrastrar por el deseo de luchar con los esforzados Troyanos; no te desvanezca el triunfo, no lleves á tus tropas contra los muros de Ilion, y teme, si tal hicieres, que descienda del Olimpo una divinidad para atajar tus pasos: Apolo profesa gran amor al pueblo troyano. Así, pues, cuando hayas logrado salvar las naves, retírate y deja que ámbas huestes se combatan. Hagan Zeus, Atena y Apolo que no escape de la muerte ni un Troyano, que perezcan tambien los Griegos, y que les sobrevivamos tú y yo para alcanzar solos la gloria de debelar los sagrados muros de Troya.»

En esto Ayax, sobre el cual llovían dardos y flechas, estaba próximo á sucumbir; su brillante yelmo, acribillado de golpes, lanzaba junto á sus sienes horrible sonido; fatigábase su brazo sosteniendo de contínuo el peso del escudo; oprimido el pecho perdía el aliento, y de sus miembros corrían torrentes de sudor.

Acércasele Héctor y con su tajante espada descarga en la pica del héroe un golpe que separa el hierro del fresno; el hijo de Telamon blande el desarmado palo, miéntras que el bronce sonoro cae al suelo á gran distancia. Retírase entónces en medio de una nube de flechas; los Troyanos arrojan á la nave encendidas antorchas, y propagándose las llamas abrasan la dorada popa.

«—Apresúrate, ¡noble y esforzado Patroclo! gritó Aquiles; las enemigas llamas prenden ya en las naves; ármate, miéntras reuno yo á nuestros soldados.»

Dijo, y Patroclo revistió la brillante armadura del nieto de Eaco, y puso en su cabeza el soberbio yelmo, cuya elevada cimera esparce á lo léjos el terror. La única arma del héroe que deja en su sitio es la enorme y larga lanza, tan pesada que sólo Aquiles puede levantarla, que el centauro Chiron había puesto en manos de Peleo.

Patroclo ordena á Automedonte, su fiel compañero en las batallas, disponer el carro, y este guerrero enfrena á los corceles Xanto y Balios, veloces como el viento, corceles que el Zéfiro tuvo de la arpía Podarges. Unce junto á ellos el famoso Pedasio, conquistado por Aquiles en el saqueo de Tébas; nacido de una raza mortal, dice el poeta, es asociado á los inmortales corceles.

Corre Aquiles de tienda en tienda para que se armen sin dilacion sus valerosos Fthiotas; armados y reunidos que fueron, colócase entre ellos con marcial continente y excita con la voz y el gesto á guerreros y corceles.

Cincuenta naves habían seguido al héroe á la playa de Ilion, montada cada una por cincuenta hombres; cinco jefes los acaudillan, teniendo Aquiles sobre todos el mando supremo.

«—Tessalios, les dijo con severo acento, espero que no habréis de olvidar ahora las amenazas que habeis dirigido á los Troyanos miéntras hemos permanecido en nuestras tiendas, ni los cargos que hacíais á vuestro jefe por su inaccion. Llegado es ¡oh guerreros! el dia que, á juzgar por vuestros murmullos, con tanto ardor deseabais; corred á la batalla y haced sentir á los Troyanos todo el peso de vuestros brazos.»

Pónese en marcha la ordenada hueste, y Aquiles se dirige á su tienda. De un precioso cofre, regalo de su madre Tétis, saca magnífica copa en la que sólo él bebía, y con la cual únicamente á Zeus, padre de los dioses, ofrecía libaciones; purificala con azufre y agua clara, purifica ademas sus manos, y despues de llenarla con el purpúreo licor, puesto en pié en medio de la tienda, derrama el vino en el suelo y dice:

«—Poderoso Zeus, dios de los Pelasgos, cuyo trono se alza en la profundidad de los cielos, tú á quien se adora en la helada Dodona, cuyos sacerdotes, por tí inspirados, se sujetan á mil privaciones, no se bañan y no tienen más lecho que la dura tierra; tú que has oido mis votos y vindicado mi gloria sumiendo en infortunios á los Griegos, acoge tambien hoy propicio mi plegaria. Dígnate hacer que acompañe la victoria á mis Tessalios; llena el corazon de Patroclo de intrépida audacia y conozca Héctor que, aún sin el apoyo mio, sabe mi escudero pelear y que tambien sin mí es invencible su brazo. Haz que mi amigo, despues de alejar de nuestras naves el tumulto y la guerra, vuelva á mi tienda sano y salvo á la cabeza de sus valientes soldados.»

La descansada hueste cayó sobre los Troyanos con irresistible empuje y á su gritería resuenan las cóncavas naves; los Troyanos, al ver al hijo de Menecio cubierto de brillantes armas, tiemblan y suspenden el ataque, pensando que Aquiles, dominando su cólera, ha consentido por fin en auxilar á los Griegos. Así que la pica de Patroclo ha dejado sin vida á Pyrecme, jefe de los Peonios, la retirada de los Troyanos comienza; las naves quedan libres, y son apagadas las llamas del buque medio consumido; no por ello cesa el combate, sostenido ahora en campo más extenso.

Menelao arranca la existencia á Thoas; los hijos de Néstor, Antíloco y Trasimedes, matan á los hermanos Atimnio y Maris, y Cleobulo perece á manos de Ayax, hijo de Oileo, y Acamas á las de Merion. Idomeneo atraviesa de una lanzada á Erymas, y el gran Ayax dirige